

*Batalla naval ganada por Escipión a Asdrúbal en España. – Roma envía a Publio Escipión para obrar de concierto con su hermano. – Pasan los romanos el Ebro por primera vez. – Abilix entrega a los Escipiones los rehenes que Aníbal había dejado en Sagunto.*

En el transcurso de este tiempo (año -218), Asdrúbal, general de las tropas de España, habiendo equipado en el invierno los treinta navíos que su hermano le había dejado, y dotado de tripulación a otros diez más, hizo salir de Cartagena al empezar la primavera los cuarenta buques de guerra, entregando a Amílcar el mando de esta escuadra. Él, al mismo tiempo, sacó las tropas de tierra de los cuarteles de invierno y levantó el campo. La escuadra bogaba sin perder la tierra de vista, y el ejército marchaba a lo largo de la costa con el propósito de que el río Ebro fuese el punto de reunión de ambas armadas. Cneo, descubierto el intento de los cartagineses, decidió primero salirles al encuentro por tierra desde sus cuarteles de invierno; mas con la noticia del gran número de fuerzas y magnitud de pertrechos que traía el contrario, reprobado el primer pensamiento, equipó treinta y cinco navíos, tomó de las legiones de tierra los más aptos para las ocupaciones navales, los embarcó y llegó al segundo día desde Tarragona a los alrededores del Ebro. Después de haber anclado a ochenta estadios de distancia del enemigo, destacó a la descubierta dos navíos de Masalia muy veleros. Porque estas gentes eran las primeras a exponerse a los peligros, y con su intrepidez acarreaban a los romanos infinitas ventajas. Ningún pueblo estuvo más constantemente adherido a los intereses de Roma que los masalistas, tanto en las ocasiones que ofreció la consecuencia, como principalmente ahora en la guerra contra Aníbal. Informado Cneo por los navíos exploradores de que la escuadra enemiga había fondeado a la embocadura del Ebro, marchó allá con diligencia con el fin de sorprender a los contrarios.

Asdrúbal, a quien sus vigías habían dado parte mucho antes de la llegada del enemigo, al paso que formaba sus tropas de tierra sobre la ribera, daba orden a la marinería para que subiese a sus navíos. Cuando ya estuvo a tiro la escuadra romana, dada la señal de atacar, se vino a las manos. Trabada la acción, los cartagineses disputaron por algún tiempo la victoria, pero poco después emprendieron la huida. El socorro de infantería que estaba formado a la vista sobre la ribera, lejos de infundir aliento a la marinería para el combate, le acarreó perjuicio, por tenerle prevenido un asilo para su vida. A excepción de dos navíos perdidos con sus tripulaciones, y otros cuatro cuyos remos fueron quebrados y muertos los que los ocupaban, los demás echaron a huir a tierra. Pero perseguidos con brío por los romanos, se arrimaron a la ribera, saltaron de sus navíos y se acogieron al campamento de los suyos. Los romanos se acercaron con intrepidez a tierra, y atando a sus popas los navíos que pudieron mover, se hicieron a la vela gozosos en extremo de haber vencido al primer choque a los contrarios, haberse apoderado de toda aquella costa y haber capturado veinticinco navíos. Después de esta victoria tomaron mejor semblante los negocios de los romanos en España.

Los cartagineses, recibida la noticia de este descalabro, enviaron al instante setenta navíos bien tripulados. Estaban persuadidos de que sin el imperio del mar no se podía intentar empresa alguna. Esta escuadra tocó primero en Cerdeña, después abordó a Pisa en Italia, donde esperaba incorporarse con Aníbal. Pero saliendo los romanos contra ella con ciento veinte buques de cinco órdenes, informados los cartagineses de su llegada, se volvieron a Cerdeña, y desde allí a Cartago. Servilio, jefe de la armada romana, los persiguió por algún tiempo creyendo alcanzarlos, pero la mucha ventaja que llevaban le hizo desistir del empeño. Primeramente abordó a Lilibeo en Sicilia, y después se hizo a la vela para la isla de Cercina en África, donde habiendo exigido un tributo de los naturales por que no les talase el país, dio la vuelta. Al paso tomó la isla de Cosira, puso guarnición en aquel pueblo y tornó a Lilibeo, donde anclada la armada, se restituyó poco después al ejército de tierra.

Conocida la victoria naval que Cneo había ganado, el Senado, persuadido de que era conveniente, o más bien preciso, no desatender los asuntos de España, sino hacer frente a los cartagineses y avivar la guerra, equipó veinte navíos al mando de P. Escipión, según de antemano tenía proyectado, y le envió con diligencia a reunirse con su hermano para actuar con él de común acuerdo. Temía sobremanera que, una vez apoderados los cartagineses de estos países, y acopiados aquí víveres y pertrechos en abundancia, no tomasen con mayor empeño el recobro del mar, y proveyendo a Aníbal de gentes y dinero, no le ayudasen a sojuzgar Italia. Por eso, en el concepto de que esta guerra era de la mayor importancia, se envió una escuadra a las órdenes del P. Escipión, quien, después de haber llegado a España e incorporándose con su hermano, hizo grandes servicios a la República. Hasta entonces no se habían atrevido los romanos a pasar el Ebro, sólo se habían contentado con ganar la amistad y alianza de los pueblos de esta parte; pero ahora lo cruzaron por primera vez y se animaron a adelantar sus conquistas del otro lado, coadyuvando no poco la fortuna a sus intentos. Después de haber aterrado a los pueblos de la comarca con su paso, fueron a acampar a cuarenta estadios de Sagunto, en torno a un templo consagrado a Venus. Ocupado aquí un puesto ventajoso, ya para estar a cubierto, ya para proveerse por mar de lo necesario, pues al paso que ellos avanzaban la escuadra les seguía por la costa, les sucedió a su favor este accidente.

Cuando Aníbal pensaba pasar a Italia, de todas las ciudades de España que tuvo desconfianza, tomó en rehenes los hijos de los hombres más ilustres, que depositó en Sagunto, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por la fidelidad de los moradores que en ella dejaba. Había entre ellos cierto español llamado Abílax, personaje en honor y conveniencias sin par, y en afecto y fidelidad a los cartagineses muy superior a todos. Éste, considerado el estado de los negocios, y juzgando más ventajoso el partido de los romanos, concibió el atentado de entregar los rehenes, pensamiento propio de un español y de un bárbaro. Persuadido de que podría valer entre los romanos si a tiempo oportuno les daba un testimonio y prueba de su afección, pensó, faltando a la fe de los cartagineses, entregar los rehenes a los romanos. Había notado que Bóstar, capitán cartaginés a quien Asdrúbal había enviado para prohibir el paso del Ebro, y por falta de valor se había retirado y acampado hacia aquel lado de Sagunto que mira al mar, era hombre sencillo, suave de

condición y demasiado crédulo. Con éste trabó la conversación sobre los rehenes, y le dijo que, una vez pasado el Ebro por los romanos, ya no podían los cartagineses mantener España en respeto; que en tales circunstancias necesitaban de agrado para con los pueblos. En cuyo supuesto, si ahora que los romanos se habían aproximado a Sagunto, la tenían puesto sitio y peligraba la ciudad, sacase los rehenes y los devolviese a sus padres y ciudades, por una parte se desvanecería el empeño de los romanos, cuyo principal anhelo en apoderarse de los rehenes era para realizar esto mismo, y por otra granjearía a los cartagineses el amor de todos los españoles, como que pródigo en lo porvenir había tomado tan sabias medidas para seguridad de estas prendas. Pero lo que haría valer muchísimo este beneficio sería si a él se le comisionase este encargo. Pues restituyendo los jóvenes a las ciudades, no sólo conciliaría a los cartagineses la benevolencia de sus padres, sino también la de todo el pueblo, sirviéndose de este ejemplo para ponerles a la vista la buena voluntad y generosidad de los cartagineses para con sus aliados. Aparte de esto, aseguraba que el mismo Bóstar se debía prometer para sí una magnífica recompensa de parte de los que recibían sus hijos, pues reintegrados contra toda esperanza de lo que más amaban, se esmerarían a competencia en remunerar al autor de tan gran beneficio. Estas y otras parecidas razones dichas a este efecto persuadieron a Bóstar a prestar su consentimiento.

Señalado el día para ir con todo lo necesario a llevar los jóvenes, se retiró Abilix a su casa. Llegada la noche, se fue al campo de los romanos, donde unido con algunos españoles que militaban en su armada se hizo presentar por ellos a los dos Escipiones. Tras un largo discurso sobre el afecto e inclinación que tendrían los españoles a su partido, si recobraban los rehenes, prometió ponerlos en sus manos. Publio admitió con indecible gozo la promesa, le ofreció magníficas recompensas y, señalados el día, hora y lugar donde debía aguardarle, se tornó Abilix a Sagunto. Allí tomó algunos confidentes de su satisfacción y vino a casa de Bóstar, donde recibidos los jóvenes salió por la noche de la ciudad, pasó del otro lado del campo enemigo para ocultar su propósito, llegó al día y lugar convenido, y entregó todos los rehenes a los dos generales romanos. Publio honró sobremanera a Abilix y se sirvió de él para la restitución de los rehenes a sus patrias, dándole para que le acompañasen algunos de su confianza. Al paso que Abilix recorría las ciudades y devolvía los rehenes, representaba a lo vivo la clemencia y generosidad de los romanos, y la desconfianza y dureza de los cartagineses; paso que, unido al ejemplo de su propia desertión, arrastró muchos españoles al partido de los romanos. Bóstar, a quien el acto de haber entregado los rehenes al enemigo acreditó de hombre para su edad de un pueril talento, incurrió después en grandes trabajos. Los romanos, al contrario, sacaron de esta restitución grandes ventajas para los propósitos que meditaban; pero como se hallaba ya la estación tan avanzada, distribuyeron unos y otros sus tropas en cuarteles de invierno. Éste era el estado de los negocios de España.